

ANALOGÍAS PSÍQUICAS Y ESTÉTICAS ENTRE VAN GOGH Y MUNCH

Por: Héctor Ceballos Garibay

¿Fue la vida de Van Gogh (1853-1890) más dramática y patética que la de Edvard Munch (1863-1944)? Por supuesto. En el itinerario personal del holandés ocurrió un calvario cotidiano, una suerte de *vía crucis* quintuplicado y quintaesenciado, vericuetos de sufrimiento y sacrificio más propios de las biografías de los profetas y misioneros (recuérdese que predicó un cristianismo igualitario entre los paupérrimos mineros de Borinage, Bélgica, a quienes repartió sus pocos bienes) que de la consabida historia que determina a la mayoría de los seres sociales. Entre ambos pintores es posible encontrar otras tantas similitudes y convergencias: la mirada crítica en contra de la sociedad burguesa (de origen religioso en el caso de Van Gogh y anarquista en el de Munch); la provechosa influencia estética del Impresionismo y el Puntillismo; la reivindicación artística de los grabados y las estampas japonesas; el diálogo fructífero con los arabescos y el talante decorativista del Modernismo; la mutua admiración que le profesaron tanto a Gauguin como a la cosmovisión poético-filosófica del Simbolismo; y, más importante que cualquiera de sus muchas “afinidades electivas”: ese espíritu desgarrado –convulso y convulsivo- con el cual insuflaron su legado artístico y a partir del cual preludieron el advenimiento del Expresionismo y el Fauvismo. Las andanzas existenciales de Vincent, de manera mucho más acentuada que las de Edvard, frecuente y cíclicamente se deslizaron bordeando la frágil línea entre la cordura y la locura, y a la postre delinearon el agudo contorno de la tragedia. Munch, en cambio, aunque padeció tropiezos e incomprendiones, paranoias y depresiones recurrentes, al final de su longeva vida consiguió cierta estabilidad emocional, amén de que durante muchos años disfrutó del reconocimiento del público y de la crítica especializada de su tiempo. Van Gogh, por el contrario, siempre fue un sociópata, un neurasténico, un apestado social, un recluso de sí mismo, un artista incomprendido que a duras penas logró vender y a bajo precio un cuadro en toda su vida. Para colmo, no sólo fue mal comprendido y escasamente valorado como pintor por los acartonados gustos estéticos de su época, sino que además padeció una larga y asfixiante cadena de fracasos sentimentales sin parangón en los anales de la historia de las pasiones amorosas humanas. Su primer amor juvenil, la hija de su casera londinense, no sólo lo despreciaba como prospecto de noviazgo, sino que acabó rechazándolo incluso como

amigo. En Bruselas, mientras estudiaba pintura, tampoco encontró respuesta afectiva en una prima suya, recién enviudada, con la cual se forjó fuertes y fantasiosas ilusiones. Durante el invierno de 1881 era a tal grado misérrimo el pasar cotidiano que compartía con Cristina, una debilucha prostituta de La Haya, que finalmente se vio obligado a abandonarla y a buscar el amparo económico urgente y momentáneo de su familia. La única persona que estuvo dispuesta a casarse con él, Margarita Begamann, jamás obtuvo el permiso matrimonial de sus padres debido al imperio clasista de los convencionalismos morales de la época; ello representó un aciago golpe que Vincent tuvo que absorber a costa de su ya deteriorada salud física y mental. En Arles, para huir de la soledad abismal que lo perseguía, frecuentó y se encariñó de una de las meretrices del burdel. Fue a esta providencial y efímera compañera de placeres y tristezas a quien, en un ataque de psicosis, inmerecidamente le llevó –a manera de regalo- un pedazo de su oreja izquierda que horas antes se había cercenado con una navaja, luego del terrible y último pleito sostenido con Gauguin. Finalmente, después de su reclusión en el manicomio de San Rémy, Van Gogh se trasladó a Auvers-sur-Oise, pequeña localidad aledaña a París, donde no sólo podría estar más cerca de su querido y protector hermano Theo, sino que también aprovecharía la asistencia médica del Dr. Paul Gachet, cuya joven hija mostró una piadosa simpatía hacia él. Por desgracia, factores diversos como el agravamiento de su enfermedad mental, el exceso de trabajo acumulado (un caso excepcional y prodigioso de creatividad: en apenas una década pintó cerca de 800 cuadros y otros tantos dibujos) y las crecientes disputas que sostuvo con el médico, quien cada vez estaba más celoso y arrepentido del bondadoso asilo prestado al artista, hicieron que Vincent tomara la decisión de acabar con su vida utilizando una pistola. Van Gogh lucía como un anciano decrepito, pero tenía escasos 37 años el día que aconteció su deceso, una muerte tan prematura y funesta como la de otros genios de su misma estirpe: Rafael, Watteau, Gericault, Seurat, Schiele, Marc, Modigliani. Debe precisarse, sin embargo, que no fue la similar propensión a incurrir en la melancolía (un factor que contribuyó positivamente al logro artístico de sus respectivas obras), ni tampoco los cuantiosos tropiezos que ambos tuvieron en sus tortuosas relaciones con las mujeres, los factores que más alimentan el notable paralelismo que existe entre Van Gogh y Munch. Por sobre todos los aspectos y circunstancias es el estilo artístico, esa peculiar forma de pintar (llevada al paroxismo del delirio por parte del holandés), lo que en definitiva los convierte en almas gemelas. Se trata de una poética originalísima en los dos casos, y la cual, no obstante

sus enormes diferencias temáticas, se edifica en las pinceladas vigorosas y encendidas, en la atmósfera desaforada y dinámica, en el retorcimiento angustiado de las líneas y los trazos, en la búsqueda de una fuerza interior que conduzca a la verdad recóndita y esencial de las cosas, en la plasmación expresiva de los pigmentos como si ellos fueran una exaltación incandescente, vibraciones brutales de los sentimientos y radiografías de una subjetividad al mismo tiempo individual y universal. Al desnudarse como personas a través de su arte, Vincent y Edvard también nos revelan las entrañas de la humanidad entera.